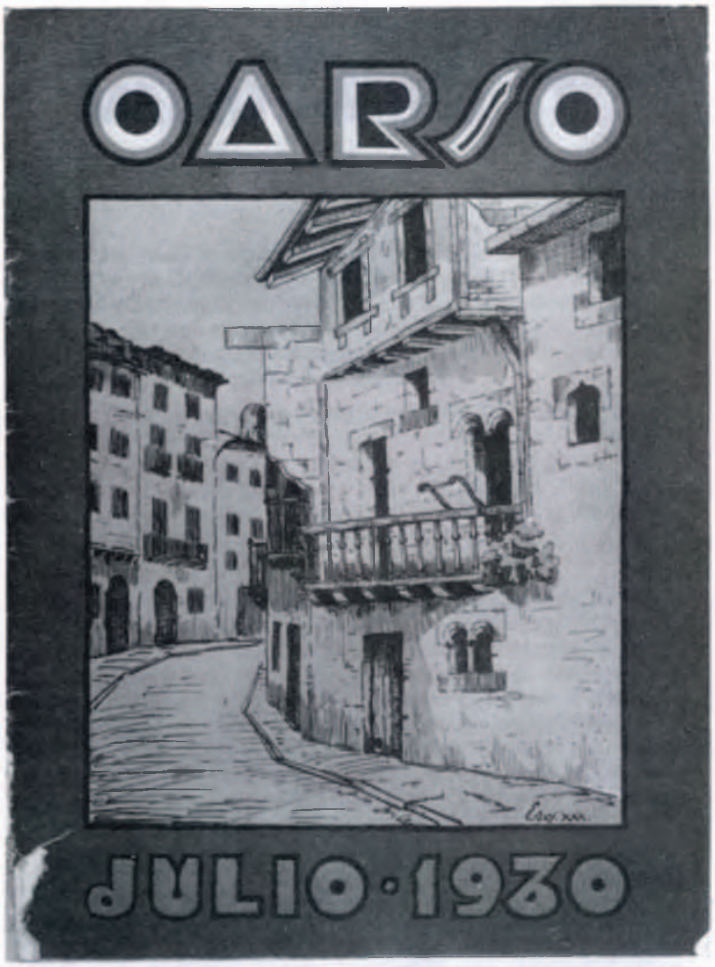

LA REVISTA

Anthon Obeso

El pasado año se cumplieron los veinticinco de la aparición de esta revista OARSO en su segunda etapa. Y es evidente que después de un tiempo así transcurrido suceda que uno, inevitablemente quizá, sin quererlo, vuelva un tanto la mirada atrás y recuerde. Porque va corriendo el tiempo y el pasado se vuelve recuerdo y el recuerdo gravita en la conciencia y surge y se hace patente y nos embarga el ánimo y nos conmueve en nostalgias.

OARSO reapareció en 1958, y surgió, como todo en aquel momento, con empuje, con ilusión, con entusiasmo. Eran tiempos de crecimiento y prosperidad económica; las empresas trabajaban con buen ritmo, se construían viviendas a destajo, y la población aumentaba, con la inmigración sobre todo, engrosando los puestos de trabajo en la industria. Eran tiempos de esperanza. Y considerar, aquéllos, tiempos de esperanza, no quiere decir que otros tiempos no lo sean, o que ahora esta virtud teologal, o estado de ánimo, no pueda estar vigente. Lo que sucede es que en aquel momento se respiraba una cierta euforia carente en estos momentos por motivos obvios.

La reaparición de OARSO supuso la desaparición de otra revista, de semejantes características, que se denominaba RENTERIA. RENTERIA también tuvo un prolongado historial. Apareció en el año 1918 de la mano de Dn. Federico Santo Tomás, riojano de nacimiento y renteriano por vocación, afincado largo tiempo en esta Villa. La revista, en cuestión, se publicó durante diez y nueve años, hasta 1936. Y reapareció en 1942. Pero seis años después, en 1948, Dn. Federico Santo Tomás fallece y la revista deja de publicarse otra vez.

Por otra parte, OARSO, nace en 1930, dirigido por Dn. José M.ª Otegui, y convive, durante años, con la otra revista, con la RENTERIA, siendo ambas de un estilo muy similar tanto en su presentación como en su contenido. Hay años en que ambas revistas parecen hermanas gemelas, con la única distinción del nombre.

Pero OARSO también desaparece por los años treinta. Y es RENTERIA, otra vez, en las Magdalenas de 1951, que está de nuevo en la calle, después de cuatro años de ausencia. Esta vez, gracias a la labor de Dn. Melchor Torrecilla y de Dn. Román Yerobi, que ya antes había colaborado con su fundador. El OARSO de 1958, ya en su segunda etapa, resurge de la mano del amigo Boni Otegui, sobrino del que fuera iniciador de la revista, allá, en 1930. Y es, en 1959, un año después, que los promotores de la revista RENTERIA deciden terminar con su propia publicación, considerando que una sola revista es suficiente.

Con la perspectiva de estos veintiséis años podemos observar con claridad la diferencia de circunstancias sociales, en general, y municipales, en particular, que se estaban marcando por esos años. En 1958, en ese momento, la revista RENTERIA es una revista modesta. Lo es así desde su reaparición en 1951. No pretendía más que aportar mayor ilusión a las fiestas del pueblo. Los años de su máximo relieve, los años veinte y comienzo de los treinta, habían pasado ya. Y en 1951 resurge, simplemente, haciéndose presente como un recordatorio de lo que fue y de lo que, presumiblemente, podía llegar a ser. Pero, por motivos que se desconocen, la revista no despega. Pasan los años y no vuelve a conseguir la entidad que en un pasado tuvo. Es posible que tampoco lo pretendieran los que la dirigían. Los años cuarenta habían sido duros y económicamente difíciles, y en los cincuenta se seguía todavía, en algunas personas, en esa disciplina de moderación y sobriedad. Pero los tiempos estaban cambiando.

Y así es como Boni Otegui, con OARSO, pretende más. Ya no es cosa de hacer una revista cerrada, limitada, de exclusiva dedicación al txoko. Las miras son abiertas y la revista va a ser una revista de Rentería para todos. Ya que, en el fondo, los problemas y las ilusiones de una colectividad son, sustancialmente, problemas e ilusiones comunes a todos.

Esta ambición de trascender estaba también implícito en el ánimo de quienes dirigieron, tiempo atrás, las revistas de RENTERIA y OARSO. En ese sentido trabajaron y así se expresaron, alguna vez, en sus editoriales. Pero es ahora que Boni Otegui pone en marcha los mecanismos necesarios para conseguirlo. Y así, en OARSO, comienzan a colaborar gentes no sólo del pueblo sino de toda la comarca. Gentes que nos conocen, que saben de nosotros, que escriben de nosotros y, a la vez, escriben sobre asuntos que conciernen a todos. Y pasan por las páginas de OARSO firmas como José de Arteche, Fausto Arocena, Basarri, José Berruezo, Vicente Cobreros Uranga, Luis Mitxelena, José M.ª Busca Isusi, Manuel Lekuona, Santiago Aizarna, Miguel Pelay Orozco, Carlos Ribera, Xabier Lete, Antonio Zavala, S.J., Iñaki Linazasoro, Luis Pedro Peña Santiago, Manuel Agud, éstos, en fin, por nombrar a algunos de los primeros colaboradores de los primeros años, de los finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta.

Por otra parte, OARSO dirige su atención hacia asuntos candentes y de verdadero interés social y cultural con especial empeño. Sin dejar de lado temas anecdóticos y de cierta popularidad superficial, que desde luego, son salsa necesaria en este tipo de publicación, ahonda, a la vez, con valor, en temas tan polémicos y vitales como son, la inmigración, la universidad vasca, la educación, la música, la industria y demás cuestiones que, con cierta agudeza, gravitan en nuestro pueblo. Además, la revista gana ostensiblemente en presentación y empaque.

OARSO se convierte pues en algo que no es sólo de un grupo, ni mucho menos de una élite, ni tan siquiera exclusiva de un solo municipio, pues colaboradores de toda Guipúzcoa participan, en sus páginas, expresando inquietudes comunes; OARSO se convierte, por lo tanto, en objeto de todos.

Así lo vieron, o lo intuyeron, personas que apoyaron, de alguna forma, siempre, y desde el principio, estas publicaciones de nuestra Villa. Personas que, desde distintas posiciones, ayudaron en la medida de sus posibilidades. Entidades industriales, comerciales y bancarias, que no negaron su peculio. Y en cuanto a OARSO se refiere, el apoyo del Ayuntamiento que hace posible su publicación. Desde el alcalde Dn. Luis Echeverria Iceta que, en 1958, inició esta segunda etapa, pasando por Dn. Ramón Múgica que, con su excepcional entusiasmo por la revista, la potenció y le dio una mayor difusión, y siguiendo por Dn. Xabin Olaizola que supo mantenerla en las cotas alcanzadas. Hasta Dn. José M.ª Gurruchaga, que la continúa. Sin olvidar, además, personas que, como sucede en este tipo de actividades, prestaron una colaboración totalmente anónima.

Como decíamos al principio, cuando comentábamos sobre estos veinticinco años transcurridos de la reaparición de esta revista OARSO, el recuerdo nos sitúa allá, en su comienzo, al final de la década de los cincuenta. Y la década de los cincuenta es la década en que reaparecieron las dos revistas, la RENTERIA y la OARSO.

Al principio de ese tiempo, en 1951, cuando salió RENTERIA, la gente comentó en la calle: «ha salido la Revista». Fue cuando Félix Lavilla acababa de terminar el servicio militar y se preparaba para comenzar su carrera de concertista; Luis Echeveste, «Luisín», fichaba por el Santander; Sabino Olascoaga, con el grupo «Xey», triunfaba por América; se acababa de inaugurar el nuevo quiosco en la Alameda y la banda de música resurgía, amparada por la Asociación de Cultura Musical, organización presidida por Dn. Ramón Múgica, la banda estaba dirigida por el maestro Iraola. Después sucedían los mejores años del Touring, que en el 55 conseguía el Campeonato Regional, con jugadores como, Benito Ezponda (Talo), David, Aznar, Cholote, Insausti, Barrena, Segurola, etc. Se creaba, por entonces, un club de remo, con una tripulación capitaneada por Pachi Sistiaga (Shantana), para competir en las regatas de la Concha, y así se hizo. En 1956 todavía se estaba dragando el río Oyarzun. Tres años antes las aguas se habían desbordado, pero el suceso no pasó de constituir un susto en comparación de las inundaciones del 33, que, de nuevo, se volvía a recordar en nuestra Revista. La Revista, por entonces, tenía secciones como: «niños guapos de Rentería» y «bellas mujeres de Rentería», donde se mostraban fotografías de niños y damas considerados merecedores de ocupar sus páginas por las cualidades mencionadas. También había una sección de «necrológicas». La portada, generalmente, estaba ilustrada por Luis Busselo Beteta, joven, entonces, de espíritu inquieto, soñador y artista, que junto con su amigo Felipe Gurruchaga, siempre estaban metidos en eso de preparar las portadas de los programas de fiestas y semejantes actividades. Pertenecían, ambos, a la sociedad «Alkartasuna», recientemente inagurada. Después surgieron más «sociedades», como la de «Amulleta», la de «Gure–toki», etc. Esta de «Gure–toki», situada en lo que fuera, hasta entonces, sidrería «Bordondo». Curiosamente, por aquel entonces desaparecieron casi todas las sidrerías de la Villa. ¡Mira por dónde! En beneficio, claro está, de los bares que iban surgiendo por todas las esquinas.

Eran tiempos, aquéllos, de semanas de trabajo largo y domingos que apenas se salía de los límites del pueblo. Aunque, los veranos, la juventud comenzaba a desplazarse a las playas de San Sebastián y Fuenterrabía. La Vespa se imponía como medio de locomoción, y el Biscuter parecía que se iba a convertir en el coche popular de aquella incipiente «sociedad de consumo». Pero no fue así, se impuso el «600».

Y en invierno, ya se sabía, misa, vermut, «chiquiteo», baile, «chiquiteo», cine, «chiquiteo»... Los mayores oían la radio y, si el tiempo acompañaba, salían al balcón.

Los cines hacían el «agosto» durante todo el año. Era un buen negocio, como tantos otros en aquel momento. Las películas, se sabe, del «oeste», de «romanos». También de «Jamfry» Bogart, de Marlon, de... Esther Williams estaba estupenda, y promocionaba la venta de bañadores y la afición a la playa. Y Rita Hayworth acababa de quitarse el guante con aquel gesto fascinante y maravilloso. Pero también eran los tiempos del «3», del «3–R» y del «para mayores con reparos». Y así sucedía que nadie se enteraba de lo que pasaba en «Mogambo» o se entendía al revés lo que Tenessee Williams decía en su «Un tranvía...». Y se quedaba en deseo la pretensión de todo aquel que quería enterarse de las cosas. Sin embargo, que gran película, entre otras, aquella de «Duelo al sol», a pesar de todo. Tampoco era posible, así, de primeras, claro, «La nausea», ni el «Ulises» (de Joyce), ni nada de D.H. Lawrence, como no, ni pensar en la Chatterley, por supuesto, ni Baudelaire, ni... Hasta el «Bon jour...» de la Sagan tuvo su correspondiente airada oposición. ¿Por qué negarse a un saludo por muy triste que éste sea?

Se corría la vuelta ciclista a España; el giro de Italia, el tour de France; y un sinfín de pruebas más. Luis Otaño era el mejor ciclista del mundo, y sino que se lo preguntaran a Pedro Corostola. Este, Pedro Corostola, ganaba el primer premio de violoncelo en París. Y su hermano Patxi, no le iba a la zaga con su piano.

Ireneo Recalde y Agustín Iriberri, enseñaban el aurresku a los jóvenes.

Dorita Alquiza cantaba ópera en Italia.

Los exalumnos del Sagrado Corazón, creaban la sociedad «Ereintza» con Juan Manuel Zuzuarregui como presidente. Luego le sustituiría Adolfo Mendívil. Iniciando, así, una gran labor cultural en todos los campos. Que no vamos a detallar aquí porque faltaría espacio.

El «Gau–Txori» festejaba sus bodas de plata.

El joven Cecilio Gastesi, tomaba el relevo de Iriberri y Recalde, dedicándose a enseñar a los más jóvenes el aurresku.

La Revista sacaba un capítulo de bodas celebradas durante el año.

Las hermanas Gómez, Emily y Ana María, interpretaban baile clásico.

Se publica la revista «Rumbo» editada por un grupo de inquietos entre los que se encuentran Felipe Gurruchaga y Luis Busselo Beteta.

Por otra parte, los años cincuenta fueron, posiblemente, en nuestro pueblo, los años en que los «shélebres» disfrutaron de una mayor popularidad. ¡Bueno!, organizaron aquella insólita carrera ciclista, entre otras cosas, y, en cualquier momento, en plena calle, eran capaces de improvisar un concierto de castañuelas. Generalmente eran jóvenes, vitalistas, individualistas por encima de todo, y, evidentemente, arrastrados por una acentuada pasión anárquica. Fueron, en cierto sentido, los primeros contestatarios, los primeros rebeldes que, como casi siempre ocurre, expresaban su inconformismo, pajarero, travieso y desenfadado, sin saber, en definitiva, por qué ni contra qué. Muchas veces, también, fueron verdaderos rebeldes sin causa. Y por esto mismo, quizá, algunos sucumbieron víctimas del despilfarro de su energía vital, engullidos por sus propias acciones sin objetivo. Aunque alborotadores y desordenados, eran respetuosos con las gentes, en general, hasta caritativos, a veces, pero con los personajes míticos del pueblo, con sus burlas y bromas, podían llegar a ser demoledores. Eran llamativos, espectaculares, histriónicos, de buen corazón y deseosos de fraternizar con todo el mundo. El alcohol, en sus diversas presentaciones bebibles, era la pipa de la paz, y de concordia, que esgrimían.

Es posible que la alta popularidad que alcanzaron los «shélebres» que hizo posible que este ejemplar ya no fuera tan escaso y aislado, así que, fácilmente se agrupaban haciéndose más ostensible sus acciones informales y bullangueras. Pero también es verdad que esto dio lugar a su extinción como tipo raro, aislado y fuera de lo corriente. El «shélebre», con su peculiar característica, es, seguramente, un tipo que sólo puede darse en pequeñas poblaciones. Es ahí, en comunidades muy limitadas en número de habitantes, donde, su personalidad, puede resaltar en su debida dimensión. El «shélebre», tie-

ne que ser conocido por toda la comunidad, esta es obra de las condiciones, pues él es consciente de su diferencia con los demás. Y sabe, también, que los demás lo conocen. Por eso, al crecer la población, y aumentar el número de sus congéneres (y de los imitadores, de los falsos «shélebres», pero esto ya sería largo de tratar) dio lugar a que su presencia se hiciera más ostensible pero, a la vez, acabaran masificándose y perdiendo su cualidad fundamental: su individualidad. Ya no se expresaban a golpe de ingenio personal, sino que sus acciones organizadas aumentaron la espectacularidad de sus actos en menoscabo de lo singular y de lo espontáneo, que son características básicas en la expresión del «shélebre». Así pues, al empezar a ser desconocidos a nivel personal, como grupo, se dio por llamarles gamberros. Fue la crisis de este personaje.

De todas formas, la personalidad del «shélebre» es compleja y muy diferenciada. Es imposible describirlo en unas líneas, a vuela pluma. Generalizar es sólo resaltar la parte más superficial y menos genuina de su personalidad. Su calidad de marginado, le sume, a veces, en una dimensión de grandeza o tragedia que sólo con un estudio profundo puede llegarse a un conocimiento real de su verdad.

Un fiel exponente de estos curiosos ciudadanos fue, en aquel tiempo, Celestino Goenaga, más conocido por «Sheles», querido por muchos y amigo de todos, hombre de gran corazón, que, como tantos otros, sucumbió, todavía joven, sólo tenía cuarenta y tres años, víctima, como hemos apuntado antes, de su propia energía vital desbordada. Otros, algunos, quizá más sabios, supieron cambiar a tiempo el rumbo de su rebeldía, dándole a su acción personal una objetividad. Pero no se tome a éste como ejemplo de un colectivo de iguales, pues el «shélebre», en su característica peculiar, repito, es muy distinto de los demás «shélebres».

Personalidades singulares, en otra medida, fueron también, Figurski y Schneidofer, ambos, fotógrafos de profesión, y, en cierto modo, pioneros en esta actividad en nuestro pueblo. Como lo fuera también, en el campo de la industria, Guillermo Niessen. Personas llegadas de otras latitudes que aportaron a nuestra comunidad importantes valores.

Quizá, en definitiva, más que la añoranza de los sucesos acaecidos o de las vivencias sufridas, lo que uno siente con nostalgia es el momento, el tiempo, en que uno fue joven. Ni tan siquiera esto. La nostalgia, puede ser, de la juventud inexorablemente perdida. Pero esto no es para expresarlo en estas cuartillas, ni tan siquiera es la intención. Así que, sigamos.

En 1959 salió por última vez RENTERIA. En 1960, cuando apareció OARSO, la gente comenzó otra vez: «ha salido la Revista».

La REVISTA, pues, es un regalo que las gentes del pueblo han esperado siempre con ilusión en los días magdaleneros. El «¡ha salido la REVISTA!» es un comentario que circula, por las calles, en las horas previas al comienzo de las fiestas. Es impensable unas fiestas sin la REVISTA. Y no digamos para el renteriano ausente. La REVISTA supone, para él, una comunicación de excepción con el pueblo, con su pueblo, y con su fiesta. De hecho sabemos de algunos que, acercándose las fechas de 'as fiestas, han hecho sentir su llamada interesándose por la REVISTA. Y cuando, algún año, por determinadas circunstancias, ha sido imposible su publicación, el renteriano se ha sentido ciertamente frustrado, como si en esas fiestas faltara algo muy suyo. Y es que a la REVISTA le ha rodeado, siempre, una cierta carga afectiva, un sentimiento de cariño. La REVISTA, de alguna forma, ha conectado con la fibra sensible de las gentes. Seguramente porque se ha esperado en ELLA, sobre todo, esos sentimientos que unen, que son comunes. «Elogio del renterianismo», titulaba Jesús Los Santos, en 1932, su colaboración en la REVISTA, y, en 1945, Julio Gil, lo hacía con el de «La Rentería sentimental que llevamos dentro del alma». Y en 1976, Boni Otegui, vuelve a mencionar esta característica del renterianismo. Bueno, algo hay ¿no? Es evidente de que hay renterianos que sienten su condición profundamente. Y ha sido la REVISTA, siempre, que ha expresado este espíritu desde que, en 1918, Federico Santo Tomás, tuviera la idea de publicarla.

RENTERIA, POR DENTRO

Félix MARAÑA

Cierta manera un tanto alicorta de definir la cultura ha venido a sembrar la creencia de que ésta sólo se puede desarrollar en torno a grandes centros urbanos, con grandes medios económicos y con una planificación, siempre magnificada, de estas o aquellas actividades. La idea, como otras tantas cosas que se han convertido ya en creencias, nos viene enlatada de América y los nuevos administradores de la cultura, no sólo aquí, también ha ocurrido lo mismo en Europa, corren con embeleso tras las fórmulas de promoción y desarrollo cultural de corte anglosajón, midiendo éste en todo caso siempre en términos cuantitativos. Es la vieja creencia de que el concierto es más concierto o que el drama teatral es más teatro porque el foro se llene en butacas y pasillos, palcos y azoteas. La cultura hecha de encargo, donde sólo se cuenta la gente que va a aplaudir, desconociendo los verdaderos protagonistas de la acción.

Enmendando esta creencia muchas comunidades e instituciones culturales, así como centros de gobiernos municipal, están considerando con mejor criterio cada día que la vida social y cultural de las pequeñas comunidades cuenta en sí misma con unas posibilidades creativas y de desarrollo de su cultura particular que, reanimadas, alentadas y bien dirigidas —es decir, no manipuladas— pueden dar a los pueblos un clima de armonía y convivencia. **Rentería,** esta ciudad, pueblo, villa, ha contado especialmente en el último quinquenio con una reanimación cultural que para sí quisieran muchas comunidades vascas. En Rentería, asociaciones culturales, grupos de jóvenes, instituciones pedagógicas —como es el caso de **Errentería Musical**— tuteladas por el Ayuntamiento, han convocado en estos últimos años a una buena parte de sus ciudadanos en torno a las más variadas actividades culturales. Su recuento nos confirma que Rentería cuenta con una **Muestra de Teatro de Institutos de Guipúzcoa,** organizada por el suyo propio, un archivo musical, **Eresbil,** promovido y dirigido por **J.L. Ansorena,** muestras de un buen hacer en la dinámica e investigación cultural. Ambas actividades, como en su día el Certamen de Cine Amateur, son pioneras en el Estado. Las asociaciones culturales, como **Ereintza,** como **Fomento Cultural,** como **Andra Mari,** en sus distintas facetas han dado vida y forma a variadas actividades que componen el clima cultural. Añádase el ejemplar y riguroso funcionamiento del **Archivo Municipal,** la vida de ese joven cine club, **King Kong,** el centro cultural **Xenpelar,** la **Feria de Artesanía,** etc., etc.

La existencia de esta revista, **Oarso,** es una muestra más de la importancia que han tenido en esta villa los animadores culturales a lo largo de su historia reciente. **Boni Otegui,** su director y mantenedor principal durante tantos momentos de zozobra y falta de medios, es uno de esos ejemplos de ciudadano ocupado en las cosas de su pueblo. Muchos de estos animadores han hecho Rentería por dentro, dedicando un considerable esfuerzo a la actividad cultural, una labor ingrata por menospreciada por tantas estructuras de poder a través de los tiempos. En la creencia de que las formas de expresión cultural son varias y en su realización no encajan los cánones de la cultura organizada, los renterianos están asistiendo a un rejuvenecimiento de su vida socio–cultura.

Publicaciones como esta han supuesto los primeros ejercicios literarios de muchos renterianos y guipuzcoanos, y no sería aventurado afirmar que Oarso es en buena parte culpable de que algunos de sus vecinos y convecinos les haya entrado la manía de la pluma. Escribir es una buena manera de dibujar la realidad de cada día, ya interior, ya exterior, y Oarso se ha encargado de propiciar este retrato. Unos y otros vienen a demostrarnos lo que se puede conseguir sin grandes organizaciones o medios en la cosa nuestra de cada día.

Queriendo.